

Luis Velasco Martínez

Investigador

Grupo de Investigación HISPONA

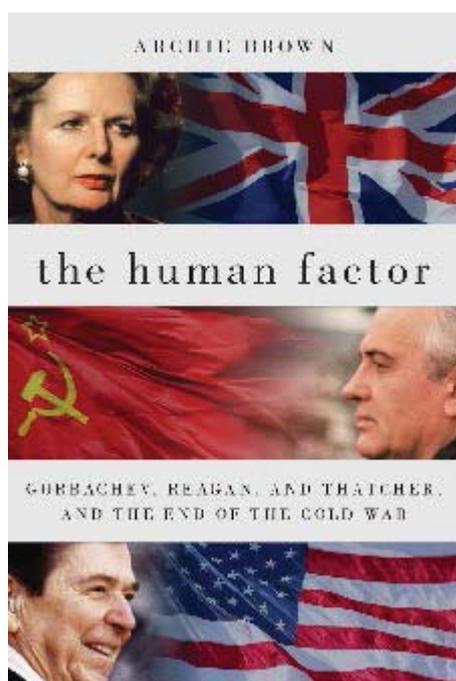
Universidad de Santiago de Compostela

Correo: luis.velasco@usc.es

Reseña

THE HUMAN FACTOR: Gorbachev, Reagan, Thatcher and the end of the Cold War. Autor: Archie Brown, editorial Oxford, Oxford University Press, 2020,

ISBN: 9780198748700 (500 páginas)



El St. Anthony's College de la Universidad de Oxford tiene una fecunda tradición en estudios internacionales desde su fundación en los albores de la Guerra Fría. La maravillosa biografía de Raymond Carr,¹ su segundo decano, publicada hace unos años por María Jesús González Hernández, nos permitió conocer pormenorizadamente los entresijos de aquel centro de nuevo cuño que en el ámbito de las ciencias sociales se especializó en las relaciones internacionales y en los estudios regionales, poniendo en relación áreas de conocimiento hasta ese momento distantes en el seno de Oxford, como la historiografía, la ciencia política, la economía o el derecho. Desde su fundación en 1950, St. Anthony tuvo un importante papel en la formación de una nueva generación de especialistas en las relaciones internacionales y los estudios regionales o *de área*. Buena parte de los analistas que han nutrido el Foreign Office a partir de la década de 1960 se han educado en la institución. Este centro no sólo ha alimentado de expertos y analistas a los principales núcleos de gobierno de Whitehall sino que también se nutrió de ellos y estableció unas sólidas relaciones entre sus profesores e investigadores y los centros de toma de decisión del Reino Unido. En definitiva, la política exterior y de defensa británica, así como su comunidad de inteligencia posterior a la Segunda Guerra Mundial, no podría ser comprendida sin entender el papel que St. Anthony's College y otros centros universitarios han tenido en ellas.

Igualmente, desde la década de 1950 la kremlinología ha sido una de las principales áreas de especialización de centros como St. Anthony's College. La comprensión del pensamiento estratégico de la URSS y de las formas culturales que condicionaban el comportamiento de los sujetos y los colectivos que formaban parte del proceso de toma de decisiones en Moscú se convirtieron en un objeto de estudio en sí mismo. Un buen número de profesionales brillantes de la historia, las relaciones internacionales, los estudios regionales, la filología, la antropología, la psicología o los estudios literarios y culturales se dedicaron a comprender mejor el funcionamiento del Imperio soviético, sus jerarquías, sus fuerzas armadas, sus dinámicas internas y el pensamiento de sus capas populares. Su trabajo sirvió, en gran medida, para intentar anticiparse a los cambios estratégicos que se podían producir al este del río Elba, así como para comprender y descifrar la racionalidad que se escondía detrás de las decisiones adoptadas por Moscú y sus satélites. Contra la imagen habitual que se ha generalizado de la kremlinología, la comprensión de la historia rusa, de su diversidad, de los orígenes de sus dirigentes o de los conflictos étnicos internos supusieron mucho más trabajo y mayores beneficios que el análisis de la posición de cada individuo destacado del Partido o el Estado durante los desfiles del primero de mayo en la Plaza Roja.

Dentro de la brillante generación de kremlinólogos formados en Oxford, Archie Brown ha sobresalido de manera especial; ligado a St. Anthony's College desde los años setenta, ha ejercido allí la dirección de su centro de estudios eslavos y la vicedirección de la propia institución. Formado en el análisis de la realidad soviética, desde la caída del muro se ha especializado en la construcción de la nueva Federación Rusa

¹ GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús: *Raymond Carr: la curiosidad del zorro. Una biografía*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.

y de sus mecanismos de poder, para ello ha hecho especial hincapié en la comprensión de los perfiles personales de sus líderes en el proceso de la toma de decisiones y en la construcción de las nuevas redes de poder en la Rusia *independiente*, así como en las experiencias de sus élites y la pervivencia de sinergias heredadas de la época anterior.

En el volumen que nos presenta ahora, Brown hace un análisis de tres actores individuales fundamentales en el final de la Guerra Fría: Mijail S. Gorbachev, Ronald Reagan y Margareth Thatcher, acercándose de manera tangencial a muchos otros. George H. Bush, Eduard Shevardnadze y otros nombres clave de la época también son abordados en el estudio, incluyendo así un acercamiento genérico a los equipos y gabinetes que los rodeaban. Para Brown el factor humano resulta una clave insustituible para comprender el *final feliz* de la Guerra Fría, de hecho, echa en manos de sus perfiles biográficos que la concatenación de acontecimientos que se dieron en aquellos años finalizasen de una manera generalmente entendida como positiva. No obstante, esta percepción de la importancia del factor humano, del factor individual en última instancia, va en contra del análisis estructural y necesariamente complejo del pasado. Si bien es cierto que, en un momento determinado, la elección de un único decisor puede resultar determinante, no es menos cierto que los individuos y sus percepciones e interpretaciones del mundo son producto de las estructuras que los alumbran. En este sentido, resulta indispensable comprender estas estructuras como un complejo entramado multinivel en el que necesariamente se van a entrelazar los ámbitos familiar, académico, laboral, político, etc. El factor humano es importante, y probablemente determinante en muchos aspectos, pero las percepciones personales suelen compartir ciertos rasgos de conjunto con otros sujetos en función de su origen, formación, experiencias y estructuras en las que se haya formado y curtido determinado individuo. Podríamos hacernos dos preguntas para poner a prueba la dimensión del factor humano: ¿Habría sido posible evitar la Guerra Fría con otros liderazgos?, ¿habría sido imposible el fin del Imperio soviético en 1991 con otros líderes? y, por último, ¿serían las actuales tensiones entre Occidente y la Federación Rusa resultado también de aquel factor humano?

Las complejas relaciones entre la Rusia actual y los principales actores occidentales, así como con sus antiguos estados satélites, no pueden comprenderse sin tener en cuenta las causas y formas en las que se produjo la disolución del Imperio soviético y la desarticulación de su área de influencia. Una temática que a lo largo de los últimos años ya ha sido analizada por otros analistas de prestigio, como Serhii Plokhy.² En este sentido, queda por delante todavía hacer un análisis pormenorizado de la forma en la que se estructuraron los nuevos estados independientes de manera interna y sus relaciones entre sí, así como del impacto que la disolución de la Unión dejó en el nacionalismo ruso. Este último se vio reactivado por la retórica de una *derrota soviética*³ asumida y potenciada desde un amplio abanico de cancillerías occidentales. Su

² PLOKHY, Serhii: *The last Empire: the final days of the Soviet Union*. New York, Basic Books, 2014.

³ Habitualmente también denominada *rusa*.

reactivación supuso necesariamente que algunas de las viejas seguridades sobre la que se levantaban las relaciones entre los diferentes miembros de la Unión y sus antiguos satélites cambiaran. La disolución del Imperio soviético trajo, en alguna medida, la reactivación de un irrendentismo ruso que realizó una relectura de su pasado, su territorio, sus líderes y sus tradiciones. Dentro de estas nuevas interpretaciones de sí mismo y de sus relaciones con terceros, el nacionalismo ruso no dudó en hacer compatibles las reivindicaciones de una identidad especialmente vinculada al legado cultural de la Iglesia Ortodoxa o incluso de la monarquía zarista, sin dejar de reivindicar los éxitos de la Gran Guerra Patria,⁴ de la carrera espacial o de grandes líderes del pasado que podrían ir desde Pedro el Grande hasta Iosef Stalin. Este sincretismo identitario y político ya había sido ensayado en otros contextos de crisis por el nacionalismo ruso, así durante la emergencia de la Segunda Guerra Mundial la propaganda soviética no dudó en imprimir carteles llamando a la movilización general contra el enemigo recurriendo a iconos fácilmente identificables por la población rusa pero de difícil convivencia con el régimen soviético.⁵

Siguiendo la lógica que plantea Archie Brown, deberíamos buscar los orígenes de las tensiones actuales en el factor humano que facilitó el final de la Guerra Fría. Así, la propia dialéctica en torno al eje derrota-victoria podría ser, en sí mismo, una de las muchas causas de la situación actual. Entendemos pues que los juicios sobre el factor humano deben realizarse, como todos los análisis, midiendo sus causas y consecuencias en el corto, medio y largo plazo, asumiendo sus ramificaciones y sus posibles ambivalencias. A fin de cuentas, lo que pudo ser visto como un resultado victorioso en 1990 también pudo ser el origen de la concatenación de acontecimientos que derivaron en las tensiones actuales. La historia nos puede dar muchos ejemplos en ese sentido, desde la Segunda Guerra Púnica hasta el Tratado de Versalles. En definitiva, debemos plantear la necesidad de realizar un estudio prosopográfico sobre una generación de cargos intermedios y jóvenes del Partido y el Estado que vivieron directamente la disolución de la Unión y la complicada década de 1990. Estos *apparatchik* tenían una prometedora carrera por delante en los últimos años de la URSS y tuvieron que reinventarse y adaptarse a la nueva realidad para poder continuar con sus aspiraciones personales y profesionales. Estos sucesos, en definitiva, los marcaron como generación y probablemente resultaron determinantes para comprender toda su carrera posterior. A este respecto, entendemos que el mejor ejemplo resulta lo suficientemente evidente como para no necesitar especificarlo. La imagen del papel de los líderes referenciados por Brown que podría tener el grupo al que nos referimos sería muy diferente al que leemos en el texto. Independientemente de cuál de estas visiones puede resultar más o menos realista, resulta evidente que las percepciones propias por parte de los actores resultan un factor determinante a la hora de comprender la racionalidad o la previ-

4 NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel: *El frente del Este: Historia y memoria de la guerra germano-soviética (1941-1945)*. Madrid, Alianza, 2018.

5 CALHOUN, Gloria: «Saints Into Soviets: Russian Orthodox Symbolism and Soviet Political Posters». Thesis, Georgia State University, 2014. https://scholarworks.gsu.edu/history_theses/85

sibilidad que se esconde detrás de sus acciones. Así pues, comprender la dinámica de suma cero en la que se han encasillado las relaciones entre Occidente y el espacio postsoviético, con especial atención a la Federación Rusa, probablemente precise de la revisión y reinterpretación de los acontecimientos, así como de lo que supusieron para cada una de las partes. A fin de cuentas, para algunos de los actores aquello podría no haber sido una derrota total, sino sólo una retirada estratégica.

A nuestro juicio, probablemente la valencia más trascendental del nuevo estudio del profesor Brown sea la necesidad de vincular los estudios de prospectiva con el análisis historiográfico. Su obra es una buena muestra de la necesidad de reivindicar el papel de los historiadores en la comprensión del mundo actual y de los escenarios de futuro que tenemos abiertos ante nosotros. La toma de decisiones en el presente para dirigirnos hacia el futuro deseado necesita de una reflexión serena sobre los aciertos y errores del pasado.

Reseña enviada: 08 de junio de 2020.

Reseña aceptada: 15 de septiembre de 2020.
